

que el viento solo del torrente parece capaz de torcer y desbaratar. Pero es obra de la ciencia, y no se cae; atravesadlo sin temor,—en el otro extremo comienza el Nuevo Dominio del Canadá. El lago Ontario lo baña, la más hermosa parte de la catarata le pertenece, el caudaloso San Lorenzo lo recorre en toda su extension; tiene rios, lagos, bosques interminables, costas, tierras, todas las ventajas de los Estados Unidos. Y con todo eso, Señores, qué enorme diferencia! Lo que aquí es vida y movimiento fecundo, allá es letargo é inmovilidad; lo que aquí parece exuberante y fuerte, ahí es pobre, perezoso y débil. Progresan á pasos cortos y contados; en los Estados Unidos proceden por saltos. No es la raza, nó, digan lo que quieran, la solucion del problema que trato de resolver.

Esos vapores que llegan cargados de familias alemanas, inglesas, escandinavas, irlandesas, que vienen en busca de trabajo y bienestar, y casi siempre lo encuentran,—salen de regiones excesivamente pobladas, donde la actividad humana se halla cercada desde la cuna por altísimas murallas, donde la miseria es una necesidad fatal, incontrastable, producto del agotamiento del suelo y el amontonamiento de los habitantes; navegan en busca de espacio, campo libre donde desplegar sus fuerzas embarazadas. Esto es lo que aquí se les ofrece, y de ahí el rápido crecimiento, la portentosa prosperidad. Está bien; llegan, y se

dirigen á los inmensos territorios del Oeste del Missisipi á luchar contra el indio indómito, el animal feroz, el suelo rebelde, la extension ilimitada. No vienen, pues, á una mansion de delicias, sino á combatir á brazo partido contra la omnipotente naturaleza, ¿y es por ventura sólo en los Estados Unidos donde terrenos fértiles dormitan sin cultivo por falta de labradores? ¿Acaso en la misma Europa no se quejan la Rusia y la Hungría, por ejemplo, de falta de hombres para romper la tierra? El vasto Imperio del Brasil, la fértil Pampa argentina, la República Mejicana sufren más ó ménos del mismo mal. Los gobiernos los llaman, los invitan, los atraen con mil franquicias diferentes. Y no van, ó van en reducido número, y son siempre hombres muy distintos de los que pueblan los Estados Unidos. Tampoco es esta la explicacion que buscamos.

¿De dónde, pues, ha venido ese fondo inagotable de riqueza que en cien años ha convertido una colonia de ménos de tres millones de habitantes en una de las naciones más pobladas y poderosas de la tierra? Respondo á la pregunta con una sola palabra, resuelvo el problema con una sola cifra: débese á sus instituciones. Ellas son la fuerza centrípeta omnipotente que ha congregado en un impulso único tantos elementos discordantes, tantas fuerzas centrifugas que obraban en torno, dirigiéndolas á un fin comun; ellas las que,

con elasticidad nunca vista ni soñada en el universo, han podido extender gradual y seguramente la esfera de su acción y abrazar un continente entero, sin perder del todo su carácter primitivo, su sencillez originaria; ellas, en fin, las que han descubierto y realizado el gran secreto: la creación de un estado grande y robusto como el Imperio Romano de la historia, libre y feliz como la república ideal del libro de Platon.

Sus instituciones, sí. Y bajo esta palabra no comprendo sólo la constitución política, aunque ella es la primera y principal, y rige hoy tal como fué promulgada hace noventa años, pero enmendada ya la terrible injusticia que, hasta no hace mucho tiempo, la desfiguraba y empequeñecía. A su lado, y como increpándole esa mancha negra, estuvo siempre la Declaración de Independencia, monumento imperecedero, espléndida recapitulación de los verdaderos timbres en que se funda la dignidad humana, las causas de vivir de nuestra especie, *causas vivendi*, para usar la enérgica expresión de la lengua del Lacio. Junto con esos dos documentos escritos, tantas prácticas, tantas tradiciones acumuladas año por año, no promulgadas con fuerza ejecutiva, y sin embargo constantemente obedecidas y respetadas. Y entre ellas, por encima de todas ellas, al frente de todas ellas, la biografía de un hombre, la historia de sus acciones, el evangelio de su palabra y de su ejemplo. Aludo á Washington, y su nombre me dis-

pensa de desarrollar largamente este último punto. El mensaje final, ¿quién lo ignora? en que dijo adios á la vida pública, renunciando la segunda reelección que le ofrecían, y aprovechando la solemne ocasión y el prestigio de su noble desinterés para dar algunos consejos á sus compatriotas, fué como el testamento de su gloria, y jamás se ha seguido y acatado voluntad de testador alguno con más fidelidad que el pueblo americano los consejos del hombre ilustre que, durante toda su vida, fué el Primero en la Paz, el Primero en la Guerra, y es el Primero en el corazón de sus conciudadanos.

Así, es á veces tan concluyente en los Estados Unidos citar una palabra de Washington para demostrar la ilegalidad de alguna pretensión, como un precepto de cualquiera ley escrita. Era muy frecuente hallar, durante todo el curso del año último, en los diarios norte-americanos, largos artículos y relaciones precedidas por este vocablo, impreso en grandes caracteres: CESARISMO. Palabra que en efecto expresa algo bien formidable; Cesarismo, el peor de todos los gobiernos posibles, en el orden de los regímenes políticos sólo un grado más alto que la anarquía; y por mi parte os digo que á la verdad no sé cuál es peor, más humillante y de más terribles consecuencias, si el Cesarismo ó la anarquía. Por fortuna llamaban entónces con ese nombre, en los Estados Unidos, al deseo, sin



verdadero fundamento quizás, atribuido al General Grant, de aceptar una tercera candidatura si sus amigos políticos se la ofrecían. Y lo cierto es que no faltaban amigos imprudentes que de eso hablasen. El resultado fué un pronto desastre. Las elecciones de Noviembre de 1874 mostraron por primera vez en minoría, desde la elección de Lincoln en 1860, al partido que salvó la Union y combatió la separación de los Estados del Sur. Nadie hasta entónces había intentado rebelarse contra el ejemplo y la memoria del Padre de la Patria; el pueblo resintió vivamente el irrespetuoso intento, y apresuróse á rendir un nuevo y brillantísimo homenaje al grande hombre que fué el primer Presidente de la República.

Grande hombre, sin duda alguna. Grande y bueno en el sentido verdaderamente moderno de la palabra; dechado inmortal del varón fuerte y honrado que ama á su patria, que la sirve y la respeta. No estuvo dotado de una de esas inteligencias soberanas, á lo Julio César, que todo lo saben, todo lo alcanzan y todo lo amoldan con voluntad de hierro al triunfo de su ambición personal; su gloria de hombre de guerra palidece al lado del genio militar de Aníbal ó Napoleon; como hombre de estado careció ciertamente de la originalidad de un Bismarck ó el atrevimiento de un Cavour, para usar ejemplos de nuestros días. Y sin embargo, fuera de la esfera esencialmente diversa de

las letras y las ciencias, sólo encuentro en la historia moderna dos figuras dotadas de los verdaderos atributos de la grandeza humana en toda su fuerza y su pureza, y son dos glorias americanas, Cristóbal Colon y Jorge Washington. El uno, sereno, sublime en todas las peripecias de su vida revuelta y contrastada, lo reunió todo, el genio y la fe, la ciencia y la voluntad, supo concebir y demostrar la idea más nueva, la idea gigantesca de su siglo, y tuvo corazón indomable para creer firmemente en ella y por ella afrontar impávido lo desconocido con todos sus peligros y terrores. El otro dejó trazado para las futuras generaciones el modelo, el ideal de la moralidad política; colocado por las circunstancias en posición de dispensar á su patria los más altos beneficios, cumplió su deber sin esfuerzo, sin jactancia, sin vacilación, como quien llena la más sencilla y fácil de sus obligaciones. Halló, y dejó por siempre fijado, el sentido perdido de lo que el mundo llamaba heroísmo sin acertar á definirlo: el deber cumplido sin desfallecimiento y sin orgullo.

Pero vuelvo á tomar el hilo de mi discurso. Acompaña hoy á la Constitución de los Estados Unidos el prestigio de ochenta y ocho años de duración y de haber resistido á una tremenda sacudida, á una guerra civil de inauditas proporciones. ¿De qué otra constitución puede decirse lo mismo? No es un documento

perfecto; ni se construyen edificios de ese género con carácter de inmutables. Al ser promulgada, por nadie fué acogida con bullicioso entusiasmo, y en este hecho quizás resalta mejor su mérito y su valor, comprobado y aquilatado hoy por el curso de tantos años. Tampoco intentaron sus autores, al redactarla, resumir en preceptos los elementos de la ciencia política. La ciencia política, que aún hoy se encuentra en mantillas y que entónces apenas estaba en ciernes, no suministra soluciones matemáticas para los problemas sociales, no tiene un cuerpo preciso de doctrinas aplicable á épocas ni países determinados. La decantada fidelidad á ciertos principios,—y suelen con el nombre de principios disfrazarse muchos errores;—la exagerada consecuencia de ciertas ideas y teorías, produjo los monstruosos delirios de la Convencion francesa de 1793. Los autores de la ley americana intentaron acordar un pacto que en su esencia fuese un término medio, conciliación de las dos corrientes de ideas que seguian sus compatriotas: la república unitaria de Hamilton y la república federal de Jefferson. Fué, pues, una transacción, y aún se conserva en pié: gran lección para los que en política predicán ideas ó principios absolutos. Pero es muy cierto que esos acomodamientos políticos son en todas ocasiones muy difíciles de realizar; y esa vez sin duda se logró tan pronto, porque miéntras los patriotas americanos deli-

beraban, la anarquía habia penetrado por las puertas de la República, devoraba ya al país, y era forzoso atajarla.

No es mi objeto analizar ahora la Constitucion de los Estados Unidos; sólo os diré que con tino y precision admirables organizó una nacion, dotándola de un porvenir ilimitado de fuerza y prosperidad; pero que no resolvió la divergencia esencial, el problema palpitante; que lo dejó aplazado, encargando al tiempo de desenlazar el intrincado nudo; y, como siempre sucede, los años pasando no curaron, sino exacerbaron el mal, y agravaron el peligro. Es el eterno y espinoso problema del federalismo, el complicado y difícil secreto de amalgamar la unidad del gobierno central con la variedad de los elementos que representa. Federacion! terrible fantasma! el nombre solo costó la vida á aquel grupo interesante de políticos y oradores que se llamaron los Girondinos de Francia, y con ellos á millares de individuos; ha sido una maldicion para Colombia y Méjico y Buenos Ayres y Venezuela, que por ella han vertido rios de sangre y experimentado las más dolorosas convulsiones. Ayer, ayer no más, fué una voráGINE en que se ahogó al nacer la República de España, y costó á un tribuno elocuentísimo, Girondino contemporáneo, una dolorosa apostasía.

La historia política de los Estados Unidos hasta el año de 1860 es la lucha entre esas dos teorías, entre

esas dos corrientes provisionalmente unidas y asociadas por la Constitución, entre los defensores de la autonomía absoluta de los estados y los sostenedores de la indisolubilidad perpetua del lazo federal; lucha sorda y lenta, pero incesante, en el seno de cada uno de los Estados, que repercutía bajo la cúpula del Capitolio federal en ardorosas discusiones y arengas inflamadas. Ambos lados enviaban sus mejores adalides á combatir en la arena del Congreso, y apenas pasaba un año en que no pareciese próxima á desmoronarse la grande obra política de esa Unión con tanto trabajo cimentada. Ya en 1832 previó Daniel Webster, en una de las más brillantes oraciones que han pronunciado labios humanos, el sangriento porvenir que aguardaba á la nación, y pidió la muerte á Dios ántes que ser testigo de la tremenda catástrofe que había de eclipsar y ennegrecer para siempre el fulgente cielo de estrellas de la bandera nacional.

Por desgracia, la Constitución que no había logrado resolver definitivamente ese punto, tenía además un defecto. Un defecto digo, nó; decretaba y perpetuaba una injusticia inexpiable. Estoy dentro de mi tema, Señores. Si es verdad, como lo pienso, que la prosperidad de los Estados Unidos viene casi exclusivamente de sus instituciones, deben igualmente depender sus desgracias y desastres parciales de errores ó defectos de esas mismas instituciones. Y así es. Los

patriotas que compusieron la Convención de Filadelfia hallaron la esclavitud de los negros instituida y arraigada en el suelo de la República; y á pesar de que entre ellos había muchos de los que suscribieron la Declaración de Independencia, no osaron poner la mano sobre la úlcera nefanda. Huyeron, por escrúpulo de conciencia, de mencionar la quemante palabra, no quisieron contaminar con ese vocablo la constitución que redactaban; pero la consagraron y perpetuaron. Cometieron la más extraña y cruel inconsecuencia. Dejaron á los negros tales como los encontraron, es decir, privados de todo linaje de derechos, reducidos á la condición de cosas, propiedades semovientes, como dice nuestra jurisprudencia; y contaban sin embargo á los negros entre los habitantes del país al repartir el derecho electoral, dando á los blancos el voto por los unos y por los otros, y creando una ficticia mayoría, que por muchos años había de superar al crecimiento de la población en el resto del país. Hubo, sí, una restricción, y necesitábanse cinco negros para hacer tres habitantes en el cómputo electoral; pero no debo detenerme en los detalles.

El resultado fué que en el Sur trabajaban sólo los negros, formando los blancos una casta superior con todos los caracteres é inconvenientes de una verdadera aristocracia; y que á medida que el Norte, donde el trabajo no era un envilecimiento sino una bendición,

progresaba en civilizacion y moralidad, se avergonzaba de la injusticia cometida contra los negros, y predicaba su correccion y reforma, abriéndose un abismo de esa manera entre ámbas secciones de la República, abismo que cada año se ahondaba más y más, y que al fin, para colmarse, ha necesitado millares de cadáveres y los escombros de centenares de ciudades incendiadas y arruinadas. El resultado fué que esa lucha ardiente y viva de que os he hablado, entre el principio del poder central y la extension de los derechos de los estados, se complicó con una tremenda oposicion de intereses materiales y morales: el Norte anatematizando la esclavitud en nombre de la religion, de la moral, del derecho natural, é invocando en su apoyo la Declaracion de Independencia y la ley suprema, la ley de Dios; miéntras el Sur defendia y sugetaba con las manos crispadas lo que llamaba su legítima propiedad, en nombre de la autonomía del estado, en nombre de la Constitucion que la habia respetado y sancionado. El Norte, al maldecir el bárbaro sistema, protestaba su respeto á la Constitucion y negaba todo deseo de pretender inmiscuirse en asuntos de la organizacion interna de los estados; pero el Sur, fuerte, orgulloso, apasionado y marcial como todas las aristocracias, no queria que la seguridad de su riqueza dependiese de la abstinencia ó escrupulosidad de una fraccion de sus conciudadanos, que iba creciendo rá-

pidamente y pronto sería la mayoría del país. El dia en que, por primera vez, el voto de los Estados libres fué bastante numeroso para designar los encargados del poder federal, del gobierno central, fué un dia grande y un dia triste para la libertad. Quedaba en ese momento firmada la sentencia de muerte de la esclavitud; pero se iniciaba tambien una era de sangre y destruccion. La expiacion vino, y fué terrible. La gran república llegó al borde del abismo, y cuán pocos en el mundo suponian valor y resolucion bastante en esos mercaderes del Norte, para sacar triunfante su bandera en lucha mortal con los heroicos paladines de la Confederacion! Parecian reunir todas las virtudes que sustentan los estados, ménos una, la principal, el patriotismo; parecian amar sus bienes y su propiedad más que á la patria; la division dejaba ambas partes suficientemente grandes para formar dos poderosas naciones. ¿A qué luchar contra lo incontrastable? Sin embargo, todo acaeció de otra manera, y ya sabeis el desenlace.

Yo no quiero tener una expresion amarga ó dura contra los vencidos, pero su derrota era una necesidad ineludible de la historia. No hay un sér humano, no hay una sola conciencia en toda la extension del universo que no hubiera debido resentir con dolor y angustia profundas el triunfo de una nueva nacion, cuya piedra angular era la esclavitud. Es fuerza recono-

cerlo así; pero sea lícito también agregar que pelearon valientemente, que defendieron su error con arrojo y heroísmo dignos de la trompa del poeta. Corrieron á la lid alegres y serenos, como los convidados de una fiesta; sus actos abonaron la lealtad de sus convicciones. Ricos, voluptuosos, felices hasta aquel momento, afrontaron impávidos el hambre y el dolor, y fueron á terminar sus vidas de delicias en el fango del campo de batalla, en la ensangrentada trinchera, en la brecha ennegrecida.

¡Y cuán caro pagaron el triunfo los vencedores! ¡Cuántos fueron y no volvieron! Los guerreros altivos y resueltos de la Confederación, que parecían caballeros destacados de un cuadro de la Edad Media, defendían sus propiedades, su interés inmediato, su ambición personal; las milicias del Norte defendían una idea. Desde aquellas huestes desarmadas que fueron á rescatar el Santo Sepulcro en Jerusalem, no ha visto el mundo ejércitos movidos por más nobles y desinteresados sentimientos. De sobra sabían que el premio de la victoria sería un territorio arruinado, una deuda enorme, y lágrimas y luto por muchísimos años; y corrieron sin embargo á defender la bandera, la Constitución, la patria común, y no depusieron el arnés de guerra hasta que la salvaron.

El problema que los fundadores de la República no pudieron resolver y dejaron en suspenso, quedó

por fin cerrado, y para siempre afirmada la indisolubilidad de la Unión. Apelaron á las armas, y el Dios de las batallas pronunció su fallo. La Unión se cimentó con fuerza nueva, la esclavitud quedó abolida en la décimatercia enmienda de la Constitución, la guerra santa del Norte aprobada en la décimacuarta, y la igualdad política de todos los habitantes de la República, sin distinción de raza ni estigma anterior de servidumbre, en la décimaquinta. Están unidos otra vez, y aunque no son felices, creo que los peligros del porvenir no asoman por ese lado. La reconciliación es un hecho, y la amargura del recuerdo, que aún los separa, es de aquellas que desvanece y borra el curso de los años. Fermenta quizás todavía en el alma de los viejos combatientes un resto de odio; pero las nuevas generaciones gozarán de días mejores y dichosos.

El 4 de Julio del entrante año de 1876 celebrarán el primer centenario de su independencia. En lo que es un breve espacio, para la vida de las naciones, han recorrido una distancia inmensa. Su progreso ha sido á veces un vértigo, siempre una carrera; y pudiera decirse que en diversas ocasiones han marchado demasiado aprisa. Los individuos han vivido y viven allí con precipitación tal, que pasa con frecuencia por anciano un hombre de cuarenta años. La vida es realmente entre ellos una milicia, una campaña; comen de pié, duermen en los ferrocarriles, corren, se

atropellan, y guay del que tropieza y cae! La oleada que viene detrás es ciega, irresistible, arrolladora. Cuando el pobre náufrago logra levantar la cabeza por encima de la revuelta espuma, no descubre ya donde se encuentran los que junto con él partieron. Han desaparecido en el horizonte. ¡Qué arrugas prematuras he visto en rostros juveniles! qué ojos hundidos y febricitantes por la sed inmoderada del lucro en su forma más áspera y violenta! qué frentes devastadas por la lucha, por el agotamiento del cerebro en busca de la fortuna! Es el país del dinero, del *dollar* omnipotente! En la lucha á brazo partido que cada individuo se prepara á empeñar, apénas descende á la arena de la vida, toman todos parte, el hombre, la mujer, el niño. Ni el sexo ni la edad entibian en el pecho el ardor de esa ambicion vulgar. Hay un cierto grado de instruccion, más generalizado quizás que en otras partes, pero exclusivamente encaminado á la práctica ordinaria de la vida y unido á una aspereza, á una ruda educacion de atleta que repugna y que lastima. Las bellas artes, flor divina de la civilizacion humana, cuyo cultivo es una de las necesidades supremas del corazon, ó no existen, ó florecen destituidas de encanto y poesía, objeto á menudo de especulacion y de almoneda. Es un verdadero tormento vivir de esa manera, sin goces del alma, sin dulzuras, sin alegría, y por único reposo la muerte al fin de la jornada!

Hay naciones, en Europa y en América, donde el estado es todo, cercena ó anula la libertad del individuo, y trata como niños á los hombres. En la República norte-americana sucede exactamente lo contrario: el estado es nada, ó muy poca cosa por lo ménos. El ciudadano, que espera fabulosas ganancias de sus atrevidos cálculos ó arriesgadas especulaciones, desdeña el siempre mal recompensado servicio público, considera ocupacion indigna de su devorante actividad el arte sublime de gobernar á los hombres. De ahí un grado increíble de corrupcion política: altos empleos en manos de aventureros sin fe ni pudor; jueces elegidos por el espíritu de partido para falsear la ley; asambleas que se prostituyen y venden al mejor postor.

Y sin embargo, os lo he dicho y os lo repito ahora por última vez, es una gran nacion; goza de profunda paz, de riqueza inagotable, crece, prospera, marcha triunfalmente y en primera fila á la cabeza de la civilizacion. Su vasto y hospitalario seno llama y acoge á los enfermos de libertad y de patriotismo del mundo entero, y en él residen felices y respetados cuantos de su país arroja el despotismo ó la injusticia, cuantos prefieren vivir proscritos á vegetar con la cerviz doblada ante la mentira entronizada ó la tiranía omnipotente. Mil problemas le faltan por resolver, muchos escollos formidables que evitar en el camino, heridas



profundas y dolorosas que aliviar y cicatrizar. Pero todo allí es jóven, fuerte, nuevo, robusto; un dilatado porvenir de gloria los aguarda. Los fundadores de la República murieron firmemente convencidos de haber creado y organizado una patria para cien millones de habitantes. Quizás llegue ese día, ¿porqué no?

*Santiago (Chile), Abril 1875.*

---

*EL MATRIMONIO DE BYRON*

---

*Lady Byron Vindicated.* By MRS. HARRIET BEECHER STOWE.  
Boston : 1869

---

I

PUEDE en general decirse que las relaciones conyugales de los hombres de letras son materia estrictamente privada, que de ningun modo cae bajo la jurisdiccion de la crítica literaria. Sentado el principio, lo primero, que en seguida debe hacerse, es exceptuar de la regla el caso del matrimonio de Lord Byron. Reuniendo cuanto se ha escrito sobre ese capítulo de la vida del gran poeta inglés, se formaria una no muy pequeña biblioteca; y de cierto nunca vendria la sombra de Byron á lamentarse del escándalo contenido en tantos volúmenes, ni del uso y manoseo de los secretos más íntimos de su vida doméstica; él mismo, en varias poesías líricas y en innumerables alusiones é indirectas contenidas en sus versos y en su prosa, ha